

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA


Unicuique suum Non praevalent

Año L, número 38 (2.584)

Ciudad del Vaticano

21 de septiembre de 2018

Catequesis en la audiencia general
de los miércoles



Honrar
a los
padres
lleva a
una larga
vida feliz

En este número

*Comentarios
a la nueva Constitución apostólica*

Eoiscopolis communio

PÁGINA II

Viaje apostólico del Papa
a Palermo

PÁGINAS 4-10

Jesús humilde



Humilde y manso de corazón, cercano a la gente con compasión, mansedumbre y ternura. Así es Jesús

(@pontifex_es, 18 de septiembre, 13:30)

Hacer el bien



Hacer siempre el bien requiere esfuerzo... ¡El camino de la santidad no es para los perezosos!

(@pontifex_es, 17 de septiembre, 13:30)

Clima



Afrontemos los cambios climáticos mediante la cooperación internacional: las decisiones de cada uno repercuten sobre la vida de todos

(@pontifex_es, 16 de septiembre, 13:30)

Sufrimiento



En el sufrimiento que nos producen las llagas eclesiales, agarrémonos con fuerza a la Cruz de Cristo, porque el mal se puede combatir solamente con el amor

(@pontifex_es, 14 de septiembre, 13:30)

La semana del Papa

Audiencia al presidente de Mozambique

El 14 de septiembre por la mañana, el Papa Francisco recibió en audiencia al presidente de la República de Mozambique, Filipe Jacinto Nyusi, el cual se encontró sucesivamente con el cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado, acompañado por el arzobispo Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados. En el curso de las cordiales conversaciones, se subrayaron las buenas relaciones entre la Santa Sede y Mozambique y la apreciada contribución de la Iglesia católica en múltiples sectores de la sociedad, con la referencia al Acuerdo bilateral firmado en 2011 para hacer más fácil la actividad de la Iglesia en el país. Después se habló de la situación sociopolítica de la nación, así como del proceso de reconciliación nacional en curso, con el auspicio de que se pueda alcanzar una paz estable y duradera.

A los capuchinos

La invitación a «realizar con gestos concretos y cotidianos la «minoría» que caracteriza a los seguidores de Francisco» fue dirigida por el Papa a los participantes en el capítulo general de la orden de los Hermanos menores Capuchinos, recibidos en audiencia el viernes, 14 de septiembre por la mañana, en la Sala Clementina. Ante ellos, el Papa pronunció un discurso improvisado en el que destacó su cercanía al pueblo: «Antes que nada, los Capuchinos son «los frailes del pueblo»», les dijo. Subrayó también su compromiso con la paz y con la resolución de conflictos, a través de la sabiduría: «vosotros sois hombres de reconciliación», mencionó. También señaló su sencillez en la oración: «Una oración de tú a tú con el Señor, con la Virgen, con los santos», destacó. Antes de comenzar a hablar, Francisco entregó al Padre General el discurso oficial que tenía preparado. Al finalizar, les recordó cómo quiere la Iglesia que sean los Franciscanos: «hombres de paz, de oración sencilla, hombres del pueblo, hombres de reconciliación».

Las familias protagonistas

Reconfortante. Así es para el Papa Francisco «ver a las familias mostrando la belleza y la alegría del amor». Lo destacó el Pontífice en un mensaje enviado el 15 de septiembre y firmado por el secretario de Estado Pietro Parolin, con motivo de la XI Peregrinación Nacional de las Familias por la Familia, que se lleva a cabo desde la ciudad italiana de Scafati hasta Pompeya, bajo la mirada maternal de la Virgen del Rosario. «Vosotros hoy hacéis de la oración coral y de su manifestación pública el vínculo intergeneracional más fuerte y la forma más efectiva de transmitir la fe», les animó. El Papa espera que esta peregrinación vuelva a despertar la atención sobre el protagonismo eclesial y social de la familia, «para que se promueva cada vez más en el país la cultura de la vida, en todas sus estaciones, que es la forma segura para construir un mundo más atento a la promoción del hombre y de su dignidad integral y trascendente».

Francisco también recordó que el Evangelio de la familia es verdaderamente una «alegría para el mundo», ya que «allí, en nuestras familias, siempre se puede encontrar a Jesús; él vive allí, con sencillez y pobreza, como lo hizo en la casa de la Sagrada Familia de Nazaret».

Conversación con jóvenes franceses

Un grupo de jóvenes de la diócesis francesa de Grenoble-Vienne fue recibido por el Papa el lunes, 17 de septiembre por la mañana, en la Sala de los Papas. El Pontífice respondió a varias preguntas que le plantearon los muchachos. Al inicio del encuentro Marion explicó el significado del escrito «Effatá» que las chicas y los chicos llevaban impreso en sus camisetas y sudaderas. Con ellos, Francisco habló de varios temas, entre ellos, el compromiso cristiano en la sociedad, los males que afligen a la Iglesia o el compromiso con los pobres, en un ambiente de diálogo cercano y sincero. El Papa calificó las preguntas de los jóvenes como realistas y contestó abiertamente y con

ejemplos concretos. También les dio las claves del mensaje cristiano: «No decir, no hablar, sino escuchar y hacer, caminando siempre por las vías de la cercanía con el prójimo». Además les recordó la importancia de estar en camino: «¡Siempre! Si no sales a la calle, no podrás transmitirlo. Jesús ha estado en camino tres años».

Parecía que vivía en la calle». El Pontífice subrayó la importancia de fortalecer nuestras raíces en el Evangelio, «que pone a los pobres en el centro». «Si no tienes pobreza de espíritu, no serás un beato, un buen cristiano», dijo Francisco a los jóvenes. Un muchacho sacó el tema del compromiso de los cristianos en la sociedad, alegó que no es fácil y preguntó cómo gestionar las críticas a la Iglesia, tanto por callar como por hacer demasiado. A lo que el Pontífice instó a ser custodios de los hermanos, a no vivir aislados y a crear comunidades y a «ser un cuerpo que se ayuda a sí mismo en el camino», dispuesto a «ensuciarse las manos».

Francisco también alertó sobre dos enemigos «feos»: el primero es el egoísmo, que es «una cerrazón del corazón» y el otro es la corrupción, que llega cuando se comienza a tener un compromiso más alto en la sociedad y que termina por no dejarte vivir para ti mismo, sino «por hacerte vivir para los bolsillos».

A los Países Bálticos

Antes de iniciar su viaje apostólico a Lituania, Letonia y Estonia, del 22 al 25 próximos, el Papa Francisco envió un videomensaje al pueblo de esos países que este año celebran el centenario de su independencia. «Aunque voy como Pastor de la Iglesia Católica, me gustaría abrazar a todos y ofrecer un mensaje de paz, buena voluntad y esperanza para el futuro», subrayó el Pontífice.

Y alentó: «Espero que mi visita sea una fuente de aliento para todas las personas de buena voluntad que, inspiradas en los más profundos valores espirituales y culturales heredados del pasado, trabajan pacíficamente para aliviar el sufrimiento de nuestros hermanos y hermanas necesitados y promover la unidad y la armonía en la sociedad en todos los niveles».



Después del Ángelus el Pontífice habla de la visita a Sicilia El bien más fuerte que el mal y que el odio

«El bien es más fuerte que el mal, el amor es más fuerte que el odio». Es este el mensaje que brota del testimonio de don Pino Puglisi, recordado por el Papa en la plaza de San Pedro al finalizar el Ángelus del 16 de septiembre, el día después de la visita que se llevó a cabo en Sicilia sobre las huellas del beato sacerdote mártir. Con anterioridad, el Papa había comentado el pasaje evangélico de Marcos (8, 27-35) propuesto por la liturgia dominical.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el pasaje evangélico de hoy (cf. Marcos 8, 27-35) vuelve la pregunta que atraviesa todo el Evangelio de Marcos: ¿Quién es Jesús? Pero esta vez es Jesús mismo quien la hace a los discípulos, ayudándolos gradualmente a afrontar el interrogativo sobre su identidad. Antes de interpelearlos directamente, a los Doce, Jesús quiere escuchar de ellos qué piensa de Él la gente y sabe bien que los discípulos son muy sensibles a la popularidad del Maestro. Por eso, pregunta: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?» (v. 27) De ahí emerge que Jesús es considerado por el pueblo como un gran profeta. Pero, en realidad, a Él no le interesan los sondeos de las habladerías de la gente. Tampoco acepta que sus discípulos respondan a sus preguntas con fórmulas prefabricadas, citando a personajes famosos de la Sagrada Escritura, porque una fe que se reduce a las fórmulas es una fe miope.

El Señor quiere que sus discípulos de ayer y de hoy establezcan con Él una relación personal, y así lo acojan en el centro de sus vidas. Por este motivo los exhorta a ponerse con toda la verdad ante sí mismos y les pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (v. 29). Jesús, hoy, nos vuelve a dirigir esta pregunta tan directa y confidencial a cada uno de nosotros: «¿Tú quién dices que soy? ¿Vosotros quién decís que soy? ¿Quién soy yo para tí?». Cada uno de nosotros está llamado a responder, en su corazón, dejándose iluminar por la luz que el Padre nos da para conocer a su Hijo Jesús. Y puede sucedernos a nosotros lo mismo que le sucedió a Pedro, y afirmar con entusiasmo: «Tú eres el Cristo».

Cuando Jesús les dice claramente aquello que dice a los discípulos, es decir, que su misión se cumple no en el amplio camino del triunfo, sino en el arduo sendero del Siervo sufriente, humillado, rechazado y crucificado, entonces puede sucedernos también a noso-

tros como a Pedro, y protestar y rebelarnos porque eso contrasta con nuestras expectativas, con las expectativas mundanas. En esos momentos, también nosotros nos merecemos el reproche de Jesús: «¡Quítate de mi vista, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (v. 33).

Hermanos y hermanas, la profesión de fe en Jesucristo no puede quedarse en palabras, sino que exige una auténtica elección y gestos concretos, de una vida marcada por el amor de Dios, de una vida grande, de una vida con tanto amor al prójimo. Jesús nos dice que, para seguirle, para ser sus discípulos, se necesita negarse a uno mismo (cf. v. 34), es decir, los pretextos del propio orgullo egoísta y cargar con la cruz. Después da a todos una regla fundamental. ¿Y cuál es esta regla? «Quien quiera salvar su vida, la perderá». A menudo, en la vida, por muchos motivos, nos equivocamos de camino, buscando la felicidad solo en las cosas o en las personas a las que tratamos como cosas. Pero la felicidad la encontramos solamente cuando el amor, el verdadero, nos encuentra, nos sorprende, nos cambia. ¡El amor cambia todo! Y el amor puede cambiarnos también a nosotros, a cada uno de nosotros. Lo demuestran los testimonios de los santos.

Que la Virgen María, que ha vivido su fe siguiendo fielmente a su Hijo Jesús, nos ayude también a nosotros a caminar en su camino, gastando generosamente nuestra vida por Él y por los hermanos.

Al finalizar la oración mariana, a todos los presentes en la plaza se les entregó un crucifijo en metal plateado, regalo del Papa con ocasión de la fiesta de la exaltación de la Cruz, celebrada el viernes 14. Junto al crucifijo los fieles recibieron un cartel que reporta en tres lenguas la frase de Francisco pronunciada durante el Via crucis de la 7M7 celebrada en Brasil el 26 de julio de 2013: «En la cruz de Cristo está todo el amor de Dios, está su inmensa misericordia». Además de algunos voluntarios religiosos, también distribuyeron el regalo un grupo de pobres, sin techo y refugiados.

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer hice una visita apostólica a Piazza Armerina y a Palermo, Sicilia, con motivo del 25º aniversario de la muerte del Beato Pino Puglisi [aplausos]. ¡Un aplauso para don Pi-

no! Agradezco de corazón a las autoridades civiles y eclesíásticas y a todas las personas que ayudaron a hacer posible este viaje. Agradezco a los buenos pilotos del avión y del helicóptero. Agradezco especialmente a los queridos obispos Rosario Gisana y Corrado Lorence por su excelente servicio pastoral. Agradezco a los jóvenes, a las familias y a todo el maravilloso pueblo de esta hermosísima tierra de Sicilia, por su calurosa acogida.

Que el ejemplo y el testimonio de don Puglisi continúen iluminando a todos nosotros y dándonos la confirmación de que el bien es más fuerte que el mal, el amor más fuerte que el odio. Que el Señor os bendiga a vosotros sicilianos y a vuestra tierra. ¡Un aplauso para los sicilianos!

Queridos hermanos y hermanas, os saludo con afecto a todos vosotros, romanos y peregrinos de diferentes países: familias, grupos parroquiales, asociaciones.

Saludo a los participantes de la asamblea «Missio Giovani» de las Obras Misionales Pontificias y los animo a ser testigos del amor misericordioso de Jesús.

Saludo a los profesores y estudiantes de lengua latina del «Corderius College» de Amersfoort: *Valete dilectissimi!*

Saludo a los chicos de la confirmación de Marsan (Vicenza) y a los músicos suizos de Oron-la-Ville. También veo un buen grupo de Nicaragua. ¡Os saludo mucho!

Hoy, dos días después de la Fiesta de la Santa Cruz, pensé en regalaros a vosotros, que estáis en la plaza, un crucifijo: He aquí [lo muestra]. El crucifijo es el signo del amor de Dios, que en Jesús dio la vida por nosotros. Os invito a acoger este don y a llevarlo a vuestros hogares, a los cuartos de sus hijos, o de los abuelos... En cualquier parte, pero que se vea en la casa. No es un objeto de decoración, es un signo religioso para contemplarlo y rezar. Mirando a Jesús crucificado, miramos nuestra salvación. No se paga nada, ¡si alguien os dice que debéis pagarlo es un listo! ¡No, nada! Esto es un regalo del Papa. Agradezco a las religiosas, a los pobres y a los refugiados que ahora distribuirán este don, pequeño, pero valioso. Como siempre, la fe viene desde los pequeños, de los humildes.

Os deseo a todos un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

La visita del Papa Francisco en Sicilia, que inició en la mañana del sábado 15 de septiembre con la parada en Piazza Armerina y la misa en el Foro itálico de Palermo, prosiguiendo posteriormente por la tarde en la catedral de la capital de la isla, donde se reunieron los sacerdotes, consagrados y los seminaristas. A continuación, el discurso pronunciado por el Pontífice.

¡Buenas tardes!

Esta mañana hemos celebrado juntos la memoria del Beato Pino Puglisi; ahora quiero compartir con vosotros tres aspectos basilares de su sacerdocio, que pueden ayudar a nuestro sacerdocio, nuestro «sí» total a Dios y a los hermanos. Son tres verbos simples, y por ello, fieles a la figura de don Pino, que fue un sacerdote sencillo, un cura auténtico. Y, como sacerdote, un consagrado a Dios, porque también las hermanas pueden participar de esto.

El primer verbo es celebrar. También hoy, como en el centro de cada Misa, hemos pronunciado las palabras de la Institución: «Tomad y comed todos: esto es mi cuerpo que se ofrece en sacrificio por vosotros». Estas palabras no deben quedar sobre el altar, deben calar en la vida: son nuestro programa de vida cotidiano. No debemos solo decirlos *in persona Christi*, tenemos que vivirlas en primera persona. Tomad y comed, este es mi cuerpo que se ofrece: lo decimos a los hermanos, junto a Jesús. Las palabras de la Institución delimitan así nuestra identidad sacerdotal, nos recuerdan que el sacerdote es un hombre del don, del don de sí mismo, cada día, sin vacaciones y sin descanso. Porque la nuestra, queridos sacerdotes, no es una profesión sino una donación, no un trabajo, que puede servir incluso para hacer carrera, sino una misión. Y así, también la vida consagrada. Cada día podemos hacer el examen de conciencia también sólo con estas palabras –tomad y comed: este es mi cuerpo que se ofrece por vosotros– y preguntarnos: «¿Hoy di la vida por amor al Señor, me he «dejado comer» por los hermanos?», Don Pino vivió así: el epílogo de su vida fue la lógica consecuencia de la Misa que celebra cada día.

Hay una segunda fórmula sacramental fundamental en la vida del sacerdote: «Yo te absuelvo de tus pecados». Aquí está la alegría de donar el perdón de Dios. Pero aquí el cura, hombre del don, se descubre como hombre del perdón. También todos los cristianos, debemos ser hombres y mujeres de perdón. Los sacerdotes de un modo especial en el sacramento de la Reconciliación. En efecto, las palabras de la Reconciliación no dicen sólo lo que sucede cuando actuamos *in persona Christi*, sino que nos indican también cómo actuar según Cristo. Yo te absuelvo: el sacerdote hombre del perdón, está llamado a encarnar estas palabras. Es el hombre del perdón. Y análogamente, las religiosas son mujeres de perdón. Cuántas veces



Encuentro del Papa con los sacerdotes, los consagrados y los seminaristas en Palermo

La religiosidad popular no sea instrumentalizada por la mafia

en las comunidades religiosas no existe el perdón, están las habladurías, están los celos... No. Hombre del perdón, el sacerdote, en la Confesión, pero todos los consagrados, hombres y mujeres del perdón. El sacerdote no guarda rencores, no hace pesar lo que no ha recibido, no devuelve mal por mal. El sacerdote es portador de la paz de Jesús: benévolo, misericordioso, capaz de perdonar a los demás como Dios les perdona por medio suyo (cf. *Efesios* 4, 32). Lleva la concordia donde existe división, armonía donde hay litigio, serenidad donde hay animosidad. Pero si el sacerdote es un chismoso, en vez de llevar concordia, traerá la división, la guerra, traerá cosas que harán que el sacerdote acabe dividido en su interior y con el obispo. El sacerdote es ministro de reconciliación a tiempo pleno: administra «el perdón y la paz» no sólo en el confesonario, sino en cualquier lugar. Pidamos a Dios ser portadores sanos de Evangelio, capaces de perdonar de corazón, de amar a los enemigos. Pensemos en tantos sacerdotes y tantas comunidades, donde se odian como enemigos, por la competición, los celos, los arribistas... no es cristiano. Me decía una vez un obispo: «Yo a algunas comunidades religiosas y a algunos sacerdotes los bautizaría otra vez para hacerlos cristianos». Porque se comportan como paganos. Y el Señor nos pide ser hombres y mujeres de perdón, capaces de perdonar de corazón, de amar a los enemigos y rezar por quienes nos hacen el mal (cf. *Mateo* 18, 35; 5, 44). Esto de rezar por los que nos hacen el mal parece una cosa de museo... No, hoy tenemos que hacerlo, ¡hoy! La fuerza de vosotros sacerdotes, de vuestro sacerdocio, la fuerza de vosotras, religiosas, de vuestra vida consagrada, está aquí: rezar por quien hace el mal, como Jesús. El gimnasio donde entrenarse a ser hombre del perdón es el seminario antes y el sacerdocio después. Para los consagrados es la comunidad. Todos sabemos que no es fácil

perdonarnos entre nosotros: «¿Me la hiciste? ¡Me la pagarás!». Pero no solo en la mafia, también en nuestras comunidades y en nuestros presbiterios, es así. En el presbiterio y en la comunidad se debe alimentar el deseo de unión, según Dios; no de dividir según el diablo; él es el gran acusador, el que acusa para dividir, ¡divide todo! Ahí en el presbiterio y en la comunidad, se debe aceptar a los hermanos y a las hermanas, ahí el Señor llama cada día para trabajar, para superar las divergencias. Y esto es parte constitutiva del ser sacerdotes y consagrados. No es un accidente, pertenece a la sustancia. Meter cizaña, provocar divisiones, criticar, chismorrear no son «peccadillos que todos cometen», no: es negar nuestra identidad de sacerdotes, hombres del perdón, y de consagrados, hombres de comunión. Siempre se debe distinguir el error de quien lo comete, siempre se deben amar y esperar al hermano y a la hermana. Pensemos en Don Pino, que era disponible hacia todos y a todos atendía con corazón abierto, también a los malhechores.

Sacerdote hombre del don y del perdón, he aquí cómo conjugar en la vida el verbo celebrar. Tú puedes celebrar la Misa cada día y después ser un hombre de división, de habladurías, de celos, también un «criminal» porque matas al hermano con la lengua. Y estas no son palabras mías, esto lo dice el apóstol Santiago. Lee la carta de Santiago. También las comunidades religiosas pueden asistir a misa todos los días, ir a comulgar pero con el odio en el corazón hacia el hermano y hacia la hermana. El sacerdote es un hombre de Dios 24 horas al día, no un hombre sagrado cuando se viste con los ornamentos. Que la liturgia sea para vosotros vida, no se quede en rito. Por esto, es fundamental rezar a Él de quien hablamos, adorar el Pan que consagramos, y hacerlo cada día. Oración, Palabra, Pan; el padre Pino

Puglisi, llamado «3P», nos ayude a recordar estas tres «P» esenciales para cada sacerdote todos los días, esenciales para todos los consagrados y consagradas todos los días: Oración (preguera), Palabra, Pan.

Hombre del perdón, sacerdote que da el perdón, es decir, hombre de misericordia y esto especialmente en el confesonario, en el sacramento de la Reconciliación. Es muy feo cuando en Confesión el sacerdote comienza a excavar, a excavar en el alma del otro: «Y cómo fue, y cómo haces...». Esto es un hombre que enferma. Tú estás ahí para perdonar en nombre del único Padre que perdona, no para medir hasta dónde puedo, hasta dónde no puedo... Creo que sobre este punto de la Confesión debemos convertirnos tanto: recibir a los penitentes con misericordia, sin excavar en el alma, sin hacer de la confesión una investigación detectivesca para indagar. Perdón, corazón grande, misericordia. El otro día un Cardenal muy severo, diría también conservador –porque hoy se dice: este es conservador, este es abierto– un Cardenal así me decía: «Si uno va al Padre, porque yo estoy ahí en el nombre de Jesús y del Padre Eterno, y dice: Perdóname, perdóname, hice esto, esto, esto...; y yo siento que según las reglas no debería perdonar, pero ¿qué padre no otorga el perdón al hijo que le pide con lágrimas y desesperación?». Después, una vez perdonado, se le aconsejará: «Deberás hacer esto...»; o bien, «Debo hacer esto, y lo haré por ti».

Cuando el hijo pródigo llegó con el discurso preparado ante el padre y le comenzó a decir: «Padre, he pecado...», el padre lo abrazó, no le dejó hablar, le dio inmediatamente el perdón. Y cuando el otro hijo no quería entrar, el padre salió para darle también a él la confianza del perdón, de filiación. Esto para mí es muy importante para curar nuestra Iglesia, tan herida que parece un hospital de campo.

Por último, también sobre el celebrar, quisiera decir una cosa sobre la piedad popular, muy difundida en estas tierras. Un Obispo me decía que en su diócesis no sé cuántas cofradías existen y me decía: «Yo voy siempre con ellos, no les dejo solos, les acompaño». Es un tesoro que hay que apreciar y custodiado, porque tiene en sí una fuerza evangelizadora (cf. *Evangelii gaudium*, 122-126), pero siempre el protagonista debe ser el Espíritu Santo. Os pido, por tanto, que vigiléis atentamente, para que la religiosidad popular no sea instrumentalizada por la presencia mafiosa, porque entonces, en vez de ser un medio de afectuosa adoración, se convierte en vehículo de corrupta ostentación. Lo hemos visto en los periódicos, cuando la Virgen se detiene y hace la inclinación ante la casa del jefe-mafioso; no, esto no se debe hacer, no se debe hacer de ningún modo.

Cuidad la piedad popular, ayudad, estad presentes. Un Obispo italiano me dijo esto: «La piedad popular es el sistema inmunitario de la Iglesia», es el sistema inmunitario de la Iglesia. Cuando la Iglesia comienza a hacerse demasiado ideológica, demasiado gnóstica o muy pelagiana, la piedad popular la corrige, la defiende.

Os propongo un segundo verbo: acompañar. Acompañar es la clave del ser pastores hoy en día. Se necesitan ministros que encarnen la cercanía del Buen Pastor, de sacerdotes que sean iconos vivientes de cercanía. Esta palabra hay que subrayarla: «cercanía», porque es lo que hizo Dios. Primero lo hizo con su pueblo. Sobre esto también les reprendía, en el Deuteronomio —pensad bien— les dice: «Decidme, habéis visto antes un pueblo que tenga a los dioses tan cercanos como tú tienes a tu Dios cerca de ti?». Esta cercanía, esta proximidad de Dios en el Antiguo Testamento, se hizo carne, se hizo uno de nosotros en Jesucristo. Dios se hizo cercano abajándose, vaciándose, así dice Pablo. Proximidad, es necesario retomar esta palabra. Pobres de bienes y de proclamaciones, ricos de relaciones y de comprensión. Pensemos ahora en Don Puglisi quien, más que hablar de los jóvenes, hablaba con los jóvenes. Estar con ellos, seguirlos, hacer surgir junto a ellos las preguntas más auténticas y las respuestas más hermosas. Es una misión que nace de la paciencia, de la escucha acogedora, del tener un corazón de padre, corazón de madre, para las religiosas, y jamás un corazón de padrón. El arzobispo nos ha hablado del apostolado «del oído», la paciencia de escuchar. La pastoral se hace así, con paciencia y dedicación, por Cristo y a tiempo completo.

Don Pino arrancaba del malear simplemente siendo un sacerdote con corazón de pastor. Aprendamos de él a rechazar toda espiritualidad desencarnada y a ensuciarnos las manos con los problemas de la gente. A mí me huele mal esa espiritualidad que te lleva a estar con los ojos en blanco, cerrados o abiertos, pero siempre ahí... Esto no es católico. Salga-

mos al encuentro de las personas con la sencillez de quien les quiere amar con Jesús en el corazón, sin proyectos faraónicos, sin cabalgar las modas del momento. A nuestra edad, hemos visto tantos proyectos faraónicos... ¿Qué han hecho? ¡Nada! Los proyectos pastorales, los planes pastorales son necesarios, pero como medios, un medio para ayudar a la cercanía, la predicación del Evangelio, pero por sí solos no sirven. El camino del encuentro, de la escucha, del compartir es el camino de la Iglesia. Crecer juntos en parroquia, seguir los recorridos de los jóvenes en la escuela, acompañar de cerca las vocaciones, las familias, los enfermos; crear lugares de encuentro donde rezar, reflexionar, jugar, pasar el tiempo en modo sano y aprender a ser buenos cristianos y honestos ciudadanos. Esta es la pastoral que genera, y que regenera al sacerdote mismo, a la religión misma.



Una cosa quiero decir especialmente a las Religiosas: Vuestra misión es grande, porque la Iglesia es madre y su modo de acompañar siempre debe tener un trato materno. Vosotras religiosas, pensad que sois el icono de la Iglesia. Vuestra maternidad hace tanto bien, mucho bien. Una vez —esto lo he contado muchas veces, lo digo brevemente— había, donde trabajaba mi papá, tantos inmigrantes de la posguerra española, comunistas, socialistas... todos anticlericales. Uno de ellos se enfermó y fue curado durante 30 días en casa, porque venía la hermana a curarlo de una enfermedad muy fea, muy difícil de curar. Los primeros días le dijo todas las palabras que conocía, y la hermana, en silencio, lo curaba. Terminada la historia, ese hombre se reconcilió. Y una vez, saliendo del trabajo junto con otros, pasaban por ahí dos hermanas y los otros comenzaron a decir palabrotas y él le dio un puñetazo a uno de ellos, tirándole al suelo y le dijo: «¡Me teos con Dios y con los sacerdotes, pero a la Virgen y a las hermanas

no las toquéis!». Vosotros sois la puerta, porque sois madres, y la Iglesia es madre. La ternura de una madre, la paciencia de una madre... Por favor, no desvirtuéis vuestro carisma de mujeres y el carisma de consagradas. Es importante que os involucreis en la pastoral para revelar el rostro de la Iglesia madre. Es importante que los obispos os llamen en los consejos, en los diversos consejos pastorales, porque siempre es importante la voz de la mujer, la voz de la consagrada, es importante. Y quisiera agradecer a las contemplativas quienes, con la oración y con el don total de la vida, son el corazón de la Iglesia madre y palpan en el Cuerpo de Cristo el amor que todo lo une.

Celebrar, acompañar, y ahora el último verbo, que en realidad es la primera cosa que hay que hacer: testimoniar. Esto tiene que ver con todos nosotros y en particular vale para la vida religiosa, que es de

propia vida. Y el Evangelio nos pide, hoy más que nunca, esto: servir en la sencillez, en el testimonio. Esto significa ser ministros: no desempeñar funciones, sino servir alegres, sin depender de las cosas que pasan y sin atarse a los poderes del mundo. Así, libres para testimoniar, se manifiesta que la Iglesia es sacramento de salvación, es decir, signo que indica e instrumento que ofrece la salvación al mundo.

La Iglesia no está por encima del mundo —esto es clericalismo— la Iglesia está dentro del mundo, para hacerlo fermentar, como levadura en la pasta.

Por esto, queridos hermanos y hermanas, hay que desterrar toda forma de clericalismo. Es una de las perversiones más difíciles de quitar hoy en día, el clericalismo: que no tengan ciudadanía en vosotros actitudes altaneras, arrogantes o prepotentes. Para ser testigos creíbles hay que recordar que antes que ser sacerdotes somos siempre diáconos; antes de ser ministros sagrados somos hermanos de todos, servidores. ¿Qué diríais a un obispo que me cuenta que algunos de sus sacerdotes no quieren ir a un pueblito cercano para celebrar una misa de difuntos si antes no le llega el donativo? ¿Qué le diríais a ese obispo? Y existen. Hermanos y hermanas, existen. Recemos por estos hermanos, funcionarios. También el afán de hacer carrera y el «familismo» son enemigos que hay que expulsar, porque su lógica es la del poder, y el sacerdote no es un hombre de poder, sino de servicio. La hermana no es una mujer de poder, sino de servicio. Testimoniar, también, quiere decir huir de toda doblez, esa hipocresía, que tanto está ligada al clericalismo; huir de la doblez de vida, en el seminario, en la vida religiosa, en el sacerdocio. No se puede vivir una doble moral: una para el pueblo de Dios y otra dentro de casa. No, el testigo es uno solo. El testigo de Jesús le pertenece a Él para siempre. Y por amor a Él emprende una cotidiana batalla contra sus vicios y contra toda mundanidad alienante.

En fin, testigo es aquel que sin tantos rodeos, sino con la sonrisa y la serenidad confiada, sabe consolar y alentar, porque revela con naturalidad la presencia de Jesús resucitado y vivo. Os deseo a vosotros sacerdotes, consagrados y consagradas, seminaristas, ser testigos de esperanza, como Don Pino bien dijo una vez: «A quien está desorientado, el testigo de la esperanza le indica no qué cosa es la esperanza, sino quién es la esperanza. La esperanza es Cristo, y se indica lógicamente a través de una vida propia orientada hacia Cristo» (Discurso en el Congreso del movimiento «Presencia del Evangelio», 1991). No con las palabras.

Os agradezco y os bendigo, perdonadme si he sido un poco fuerte, pero es que a mí me gusta hablar así. Os deseo la alegría de celebrar, acompañar y testimoniar el gran don que Dios ha depositado en nuestros corazones. Gracias y rezar por mí.

por sí misma testimonio y profecía del Señor en el mundo. En el apartamento donde vivía el Padre Pino, resalta una sencillez genuina. Es el signo elocuente de una vida consagrada al Señor, que no busca consolaciones y gloria del mundo. La gente busca esto en el sacerdote y en los consagrados, busca el testimonio. La gente no se escandaliza cuando ve que el sacerdote «resbala», es un pecador, se arrepiente y sigue adelante... El escándalo de la gente es cuando ve sacerdotes mundanos con el espíritu del mundo. El escándalo de la gente está cuando encuentra en el sacerdote un funcionario, no un pastor. Y esto metéoslo bien en la cabeza y en el corazón: pastores sí, funcionario, no. La vida habla más que las palabras. El testimonio contagia. Ante Don Pino pidamos la gracia de vivir el Evangelio como él: a la luz del sol, inmerso en su gente, rico solo de amor de Dios. Se pueden tener tantas discusiones sobre la relación Iglesia-mundo, y Evangelio-historia, pero no sirve si el Evangelio no pasa primero por la

Bajo el signo de un sacerdote

Está la figura de un sacerdote como fondo del viaje papal en Sicilia. Un sacerdote, don Pino Puglisi, conocido en Italia más allá del ámbito de quien frecuenta las iglesias. Conocido por muchos por su trágico fin, asesinado por manos mafiosas y declarado beato y mártir porque lo asesinaron «por odio contra la fe». Como, de hecho, Bergoglio, a ejemplo de sus predecesores, confirmó en la familia de Palermo cuando explicó que «el mafioso no vive como cristiano» y «blasfema con su vida el nombre de Dios amor». Con una condena de la mafia y de la mentalidad mafiosa que el Papa acompañó con la invocación a los «hermanos» y a las «hermanas» de la mafia a cambiar, a convertirse. El año anterior al asesinato de don Puglisi, «volved a ser cristianos», había implotado entre lágrimas Rosaria Costa, de 40 años, en el funeral del marido, el agente de policía Vito Schifani que fue asesinado en la horrible masacre de Capaci que acabó con la vida de Giovanni Falcone, su mujer y la escolta. «Convertíos al verdadero Dios de Jesucristo, queridos hermanos y hermanas! Os digo a vosotros, mafiosos: si no lo hacéis vuestra vida se perderá y será la peor de las derrotas», advirtió el Papa en este viaje a Palermo trayendo a la memoria de muchos el grito desgarrador de la jovenísima viuda. El escenario evocado por Francisco es radical, porque es necesario «escoger: poder o egoísmo». Que significa dinero, poder, placer. Y «hoy estamos llamados a elegir de qué lado estamos vividos para nosotros mismos o dar la vida». Como hizo Puglisi, dijo Bergoglio. «Hace veinticinco años, como hoy, cuando murió el día de su cumpleaños, como su victoria con una sonrisa, con esa sonrisa que no dejó dormir por la noche a su asesino, que dijo, "había una especie de luz en aquella sonrisa". El padre Pino estaba indefenso, pero su sonrisa transmitía la fuerza de Dios: no un resplandor cegador, sino una luz apacible que excavaba dentro e ilumina el corazón», recordó el Papa. Sólo así se vence el mal. «Don Pino nos lo enseñó: no vivía para ser visto, no vivía de llamamientos contra la mafia, y tampoco se contentaba con no hacer nada malo, pero sembraba el bien, mucho bien». Ante el ejemplo de este mártir, es necesario, por tanto, preguntarse: ¿Qué puedo hacer por los demás, por la Iglesia, por la sociedad? No esperar a que la Iglesia haga algo por ti, comienza tú. No esperar que la sociedad lo haga, inicia tú», dijo también el Pontífice. Añadiendo que el único «populismo cristiano» es «escuchar y servir al pueblo, sin gritar, acusar y provocar disputas».

Pocas horas antes, la jornada siciliana del Papa comenzaba en Piazza Armerina, donde don Puglisi estuvo un mes antes de ser asesinado. Y aquí, en el corazón de la isla, Bergoglio denunció los males difundidos en tantas sociedades, y por tanto, hay que estar en la búsqueda de «nuevas formas de anunciar y ofrecer misericordia sobre todo a aquellos hermanos que han caído en la desafección, en la desconfianza, en la crisis de la fe». Observando a continuación que «considerar las llagas de la sociedad y de la Iglesia no es una acción degradante y pesimista», sino un paso necesario para la encarnación y para el anuncio del Evangelio. (g.m.v.)

Antes de dejar Palermo, el Papa encontró en la plaza Politeama a los jóvenes. Tres de ellos le hicieron preguntas. El primero fue Emmanuel, de Monreal, que habló de la escucha y la búsqueda de Dios, preguntando cómo puede un joven de nuestro tiempo ser capaz de comprender y seguir la voz de Jesús que lo llama. Graia, de Callanissetta, recordó después que Sicilia es tierra de encuentro entre pueblos y culturas, invitando al Pontífice a explicar la importancia de la acogida y de la promoción de la dignidad humana en la vida del cristiano. Finalmente Francesca, de Palermo, al renovar el testimonio de don Puglisi, preguntó cómo hacer feunda la herencia del sacerdote mártir en una tierra a veces marcada por el cinismo y la indiferencia. A ellos el pontífice respondió así

Queridos amigos, ¡buenas tardes!

Estoy contento de encontraros al final de este día. Una jornada un poco cansada, pero hermosa, ¡hermosa, hermosa! ¡Gracias a los palermitanos! Gracias por las tres preguntas. Yo conocía las tres preguntas y había escrito alguna respuesta, pero me gusta subrayar y si viene otra idea meterla en el momento. La primera, la tuya, era sobre cómo escuchar la voz del Señor y madurar una respuesta. Pero yo preguntaría: ¿cómo se escucha al Señor? ¿Cómo se escucha? ¿Dónde habla el Señor? ¿Vosotros tenéis el número de teléfono del Señor, para llamarlo?... ¿Cómo se escucha al Señor? Os diría esto y esto en serio: el Señor no se escucha estando en el sillón. ¿Entendéis? Sentado, con la vida cómoda, sin hacer nada y quisiera escuchar al Señor.

Te aseguro que escucharías cualquier cosa menos al Señor. Al Señor, con la vida cómoda, en el sillón, no se le escucha. Pero escuchar sentados, en la vida... ¿escuchar está? es muy importante para vuestra vida de jóvenes— permanecer sentados crea interferencia con la Palabra de Dios, que es dinámica. La palabra de Dios no es estática y si tú eres estático no puedes escucharla. Dios se descubre caminando. Si tú no estás en marcha para hacer algo, para trabajar por los demás, para llevar un testimonio, para hacer el bien, nunca escucharás al Señor. Par escuchar al Señor es necesario estar en marcha, no esperando que en la vida suceda de forma mágica algo. Lo vemos en la fascinante historia de amor que es la Biblia. Aquí el Señor llama continuamente a gente joven. Siempre, continuamente. Y ama hablar a los jóvenes mientras están en marcha —por ejemplo, pensad en los dos discípulos de Emaús o mientras se dan qué hacer— pensad en David, que pastoreaba el rebaño, mientras que sus hermanos estaban en casa tranquilos o en guerra. Dios detesta la pereza y ama la acción. Poneos esto bien en el corazón y en la cabeza: Dios detesta la pereza y ama la acción. Los vagos no podrán heredar la voz del Señor, ¿entendido? Pero no se trata de moverse para mantenerse en forma, de correr todos los días para entrenarse. No, no se trata de eso. Se trata de mover el corazón, poner el corazón en marcha. Pensad en el joven Samuel. Se encontraba día y noche en el templo y sin embargo estaba en continuo movimiento, porque no se quedaba inmerso en sus asuntos sino que estaba en búsqueda. Si tú quieres escuchar la voz del Señor, ponte en marcha, vive en búsqueda. El Señor habla a quien está en búsqueda. Quien busca, camina. Estar en búsqueda es siempre sano; sentir que ya se ha llegado, sobre todo para vosotros, es trágico. ¿Entendido? No sintáis que ya habéis llegado, ¡nunca! Me gusta decir, retomando lo del sillón, me gusta decir que es feo ver a un joven jubilado. Es feo. El joven debe estar en camino. La juventud es esto. Si te jubilas a los 22 años, te has envejecido muy rápido.

Jesús nos da un consejo para escuchar la voz del Señor: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis» (Luceas 11, 9). Ya, pero, ¿dónde buscar? No en el teléfono —como he dicho— allí las llamadas del Señor no llegan. No en televisión, donde el Señor no posee ningún canal. Ni siquiera en la música ensordecedora ni en el ruido que aturde: allí la línea con el cielo está interrumpida. El Señor no se busca ni siquiera frente al espejo —esto es un peligro, escuchad bien: el Señor no se busca ni siquiera frente al espejo—, donde estando solo corries el riesgo de quedar desilusionados de aquello que sois. Esa amargura que vosotros sentís, a veces, que lleva a la tristeza: «¿pero yo quien soy? ¿Qué hago? No sé qué hacer...» y te lleva a la tristeza. No. En camino, siempre en camino. No lo busquéis en vuestro cuarto, cerrados en vosotros mismos pensando en el pasado o vagando con el pensamiento a un futuro incierto. No. Dios habla ahora en la relación. En el camino y en la oración con los demás. No os cerréis en vosotros mismos, confíos con Él, confíadle todo a Él, buscadlo en la oración, buscadlo en el diálogo con los demás, buscadlo siempre en movimiento, buscadlo en camino.

Entenderéis que Jesús cree en vosotros más de lo que vosotros creéis en vosotros mismos. Esto es importante. Jesús cree en vosotros más de lo que creéis vosotros en vosotros mismos. Jesús os ama más de lo que os amáis. Buscadlo saliendo de vosotros mismos, en camino: Él os espera. Haced grupo, haced amigos, haced caminatas, haced encuentros, haced Iglesia así, caminando. El Evangelio es escuela de vida, el Evangelio siempre nos lleva al camino. Creo que este es el modo de prepararse para escuchar al Señor.

Y después, escucharás la invitación del Señor a hacer una cosa u otra... En el Evangelio vemos que a alguno le dice: «Sígueme!» A otro dice: «Ve a hacer esto...». El Señor te hará sentir qué quiere de ti, pero con la condición de que no estás sentado, de que estés en camino y buscando a los demás, buscando diálogo y comunidad con los demás. Sobre todo en la oración. Reza con tus palabras: con lo que te sale del corazón. Es la oración más hermosa. Jesús siempre nos llama a despegar:



El Pontífice reza ante la tumba de don Pino Puglisi

Denunciad con valor el crimen y la explotación

El llamamiento del Papa a los jóvenes en Sicilia

no te conformes con mirar el horizonte de la playa, no, ve adelante. Jesús no quiere que te quedes en el banquillo, te invita a salir al campo. No te quiere entre basidores espando a los demás o en las tribunas comentando, sino en el escenario. ¡Entra en juego! ¿Tienes miedo de hacer el ridículo? Hazlo, paciencia. Todos lo hemos hecho. Mucho, mucho. Desprestigiarse no es el drama de la vida. El drama de la vida, en cambio, es no poner la cara: ¡ese es el drama! ¡Es no dar la vida! Mejor cabalgar los hermosos sueños con cualquier papelón que convertirse en jubilados de vida tranquila —panzones, allí, cómodos—. Mejor buenos idealistas que vagos realistas: ¡mejor ser Don Quijote que Sancho Panza.

Hay otra cosa que os puede ayudar, lo he dicho de paso, pero quiero repetirlo: Soñad en grande, a lo grande, porque en los grandes sueños encontrarás muchas palabras del Señor que te está diciendo algo. Caminar, buscar, soñar. Y un último verbo que ayuda para escuchar la voz del Señor es servir, hacer algo por los demás. Siempre hacia los demás, no relegado sobre uno mismo, como aquellos que tienen por nombre «yo, mi, conmigo, para mí», esa gente que vive para sí misma pero al final termina como el vinagre, tan malo...

La segunda pregunta. Veamos si he escrito algo... Realmente vuestra isla es un centro de encuentro de tantas culturas... Yo no conozco Sicilia, es la primera vez he estado en Lampedusa y ahora, aquí. También vuestra lengua, vuestros dialectos tienen raíces de muchas lenguas, muchas, porque fue un cruce de caminos de culturas y todas dejaron un rastro cultural. Vosotros sois un pueblo [fruto del] encuentro de culturas y de personas. Me gustó sentir esto, escuchar decir de vosotros, de ti, que Sicilia, que está en el centro del Mediterráneo, es siempre una tierra de encuentro. No se trata solo de una hermosa tradición cultural, es un mensaje de fe.

Vuestra vocación será seguramente ser hombres y mujeres de encuentro. Encontrar y hacer encontrar; favorecer los encuentros, porque el mundo de hoy es un mundo de desencuentros, de guerra... La gente no se encuentra... Y [en el] encuentro entre nosotros, ¿cuánto cuenta la dignidad de los demás?

Dios quiere que nos salvemos juntos, no solos, que seamos felices juntos, no de forma egoísta solos. Que nos salvemos como pueblo. Esta palabra, «pueblo»: Vosotros sois un pueblo con una identidad grande y debéis estar abiertos a todos los pueblos que, como en otros tiempos, vienen a vosotros. Un cristiano que no es solidario no es cristiano. Con ese trabajo de integración, de acogida, de respetar la dignidad de los demás, de la solidaridad... Para nosotros no son buenos propósitos para gente educada, sino rasgos distintivos de un cristiano. Un cristiano que no es solidario no es cristiano. La solidaridad es la marca del cristiano. Lo que hoy falta, lo que hay carestía es el amor, de lo amor sentimental, que podemos ver en las telenovelas, sino aquel concreto, el amor del Evangelio. Yo les diré a ti y a todos: ¿Cómo va tu amor? ¿Cómo está el termómetro de tu amor?

Somos buenos haciendo distinciones, incluso justas y buenas, pero a veces olvidamos la simplicidad de la fe. ¿Y qué nos dice la fe? «Dios ama al que da con alegría» (2 Corintios 9, 7). Amor y alegría: esto es acogida. Para vivir no se puede solo distinguir, a menudo para justificarnos a nosotros mismos; debemos involucramos. Digo esto en dialecto? En el dialecto humano: ¡hay que ensuciarse las manos! ¿Habéis entendido? Si no sois capaces de ensuciarse las manos, nunca seréis acogedores, nunca pensaréis en el otro, en las necesidades de los demás. Queridos, «la vida no se puede explicar, ¡se vive!» Dejemos las explicaciones para más tarde: pero vive la vida. La vida se vive. Esto no es mío, lo dijo un

gran autor de esta tierra. Es aún más válido para la vida cristiana: la vida cristiana se vive. La primera pregunta es: ¿pongo a disposición mis habilidades, mis talentos, todo lo que puedo hacer? ¿Tengo tiempo para los demás? ¿Soy acogedor con los demás? ¿Activo un poco de amor concreto en mis días?

Hoy todo parece estar conectado, pero en realidad nos sentimos demasiado aislados, distantes. Ahora os hago pensar, a cada uno de vosotros, sobre la soledad que tenéis en vuestro corazón: ¿con qué frecuencia os encontráis solos con esa tristeza, con esa soledad? Este es el termómetro que le dice que la temperatura de recepción, de ensuciarse las manos, de servir a los demás es demasiado baja. La tristeza es un índice de la falta de compromiso, ¡y sin compromiso nunca podréis ser constructores del futuro, el futuro está en vuestras manos! Pensad bien: el futuro está en vuestras manos. No podéis tomar el teléfono y llamar a una compañía para que os haga el futuro: el futuro lo tienes que hacer tú, con tus manos, con tu corazón, con tu amor, con tus pasiones, con tus sueños. Con los demás. Acogedor y el servicio de los demás.

Necesitamos hombres y mujeres verdaderos, no personas que hagan como que son hombres y mujeres. Hombres y mujeres verdaderos, que denuncien la mala vida y la explotación. ¡No tengáis miedo de denunciar, de gritar! Necesitamos hombres y mujeres que vivan relaciones libres y libertadoras, que amen a los más débiles y sean apasionados de la legalidad, reflejo de honestidad interior. Necesitamos hombres y mujeres que hagan lo que dicen —hacer lo que dices— y digan que no al *gatto-pardismo* difuso. Hacer lo que quiero llevar adelante, y no dar una pincelada de pintura y adelante así, no. La vida no se hace a pinceladas de barniz; la vida se hace en el compromiso, en la lucha, en la denuncia, en la discusión, al jugarse la vida por un ideal, en los sueños... Tú haces esto, y así sucede.

Ser acogedor significa ser uno mismo, estar al servicio de los demás, ensuciarse las manos y todo lo que dice. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo, verdad? Y ahora, la última pregunta —he escrito algo mientras hablaba...—: ¿Cómo vivir el ser joven en esta tierra? Me gusta decir que estáis llamados a ser amancecer de esperanza. La esperanza surgirá en Palermo, en Sicilia, en Italia, en la Iglesia a partir de vosotros. Vosotros tenéis en el croazón y en las manos la posibilidad de hacer nacer y crecer esperanza. Para ser amancecer de esperanza hay que levantarse cada mañana con un corazón joven, esperanzado, luchando por no sentirse viejo, por no ceder a la lógica de lo irredimible. Es una lógica perversa: esto no funciona, no cambia nada, todo está perdido... Esta es una lógica perversa, es el pesimismo, según el cual no hay salvación para esta tierra, todo está acabado. ¡No! No al fatalismo, no al pesimismo, sí a la esperanza, sí a la esperanza cristiana. No a la resignación. Escuchad bien: un joven no puede estar resignado. ¡No a la resignación! Todo puede cambiar. «Pero, padre, ¿dónde debo llamar, para cambiar todo?» A tu corazón, a tus sueños, a tu capacidad de hombre, de mujer, de llevar adelante un fruto. De generar. Como generarás un hijo o una hija mañana, de generar una civilización nueva, una civilización acogedora, una civilización fraternal, una civilización del amor. ¡Todo puede cambiar!

Sed hijos libres. Mientras hablaba, pensaba que estamos viviendo un tiempo de crisis. Es verdad. Todo lo sabemos. Tantas crisis diferentes, pero es el mundo el que está en crisis; muchas pequeñas guerras, pero el mundo está en guerra; muchos problemas financieros, pero los jóvenes están sin trabajo... Es un mundo de crisis; un mundo en el que también podemos ver la desorientación que te lleva a la crisis. La palabra crisis significa que te hacen bailar en la incertidumbre; la palabra crisis dice que no puedes permanecer quieto porque todo se cae, todo se pierde. ¿Cuáles son tus valores? He hablado de vuestra esperanza, del futuro: vosotros sois la esperanza. He hablado sobre el presente: vosotros tenéis la esperanza en vuestras manos. Pero os pregunto: en este tiempo de crisis, ¿tenéis raíces? ¿Que cada uno responda en su corazón: «¿Cuáles son mis raíces?» ¿O las has perdido? ¿¿Soy un joven con raíces, o ya soy un joven desarraigado?» Antes he hablado de jóvenes en sillones, de jóvenes jubilados, jóvenes tranquilos que no se ponen en camino. Ahora te pregunto: ¿eres un hombre joven con raíces o desarraigado? Hablamos sobre esta tierra de tanta cultura: ¿pero estás arraigado en la cultura de tu pueblo? ¿Estás enraizado en los valores de tu gente, en los valores de tu familia? ¿O estás un poco en el aire, un poco sin raíces, —disculpad la palabra— un poco «gaseoso», sin fundamentos, sin raíces? «Pero, padre, ¿dónde puedo encontrar las raíces?». En tu cultura: ¡encontrarás muchas raíces! En el diálogo con otros... Pero sobre todo, y quiero subrayar esto, hablado con personas mayores. Hablad con los ancianos. Escucha a los ancianos. «¡Padre, ellos siempre dicen las mis-

mas cosas!». Escuchadlos. Discutid con los viejos, porque si discutes con los viejos, ellos hablarán más profundamente y dirán cosas. Deben darte las raíces, raíces que luego, en tus manos, producirán esperanza que florecerá en el futuro. De manera diferente, pero con raíces. Sin raíces, todo está perdido: uno no puede ir y crear esperanza sin raíces. Un poeta nos dijo: «Lo que el árbol tiene de floreado, proviene de lo que tiene enterrado», desde sus raíces. Buscad las raíces.

Y si alguien piensa que las personas mayores son aburridas, que siempre repiten las mismas cosas, yo les aconsejo: ve a ellas, déjalas hablar, lucha con ellas. Y comenzarán a decirte cosas interesantes, que te darán fuerza, te darán fuerzas para continuar. «¡Pero tengo que hacer lo mismo que ellos hicieron!», ¡No! Toma de ellos fuerza, la pertenencia. Un joven que no pertenece a una sociedad, a una familia, a una cultura, es un joven sin identidad, sin rostro. En tiempos de crisis debemos soñar, debemos comenzar, debemos servir a los demás, debemos ser acogedores, debemos ser jóvenes que encontramos, debemos ser jóvenes con esperanza en las manos, con el futuro en las manos y debemos ser jóvenes que toman desde las raíces la capacidad de hacer florecer la esperanza en el futuro. Os lo ruego, no seáis desarraigados, «gaseosos», porque sin raíces no tendréis pertenencia y no tendréis identidad.

Me gusta volver aquí, en la Iglesia, portadores alegres de esperanza, de la esperanza de Jesús que supera el pecado. No os diré que sois santos, no. Vosotros sois pecadores, todos, como yo, como todos. Pero es la fuerza de Jesús la que vence al pecado y te ayuda a seguir adelante. La esperanza que supera la muerte. Soñamos y vivimos la cultura de la esperanza, la cultura de la alegría, la cultura de pertenecer a un pueblo, a una familia, a la cultura que sabe cómo sacar de raíz la fuerza para florecer y dar fruto.

Muchas gracias por escuchar, por la paciencia... Vosotros estáis de pie... Disculpad, yo he hablado sentado, pero mis tobillos me dolían a esta hora. Gracias. Y no lo olvidéis: las raíces, el presente en las manos y trabajar para la esperanza del futuro, para tener pertenencia e identidad. ¡Gracias!

Ahora quisiera daros la bendición. Sé que entre ustedes hay jóvenes católicos, cristianos, de otras tradiciones religiosas e incluso agnósticos. Por eso, daré la bendición a todos, y pediré a Dios que bendiga esa semilla de inquietud que hay en vuestro corazón.

Señor, Señor Dios, mira a estos jóvenes. Conoces a cada uno de ellos, sabes lo que piensan, sabes que quieren seguir adelante, para hacer un mundo mejor.

Señor, hazlos hazlores del bien y de la felicidad, hazlos activos en el camino y en el encuentro con los demás; hazlos audaces en el servir, hazlos humildes en la búsqueda de las raíces y lévalos adelante para dar frutos, tener identidad, tener pertenencia. Que el Señor, el Señor Dios, acompañe a todos estos jóvenes en su camino y los bendiga a todos. Amén.

La amonestación del Pontífice en Palermo

No se puede creer en Dios y ser mafiosos

En la gran explanada del foro itálico, en Palermo, el Papa celebró la misa en la mañana del sábado 15 de septiembre, memoria litúrgica de don Pino Pugliesi, el párroco del Brancaccio asesinado por los sicarios de la mafia en 1993. A continuación, la homilía pronunciada por el Pontífice.

Hoy Dios nos habla de la victoria y de la derrota. San Juan en la primera lectura presenta la fe como «la victoria sobre mundo» (1 Juan 5, 4), mientras el Evangelio recoge las palabras de Jesús: «El que ama su vida, la pierde» (Juan 12, 25).

Esta es la derrota: pierde quien ama su vida. ¿Por qué? Ciertamente, no porque haya que odiar la vida: la vida debe ser amada y defendida, ¡es el primer don de Dios! Lo que lleva a la derrota es amar la propia vida, es decir, amar lo propio. El que vive para lo propio pierde, es un egoísta, decimos nosotros. Parecería lo contrario. El que vive para sí mismo, el que multiplica su facturación, el que tiene éxito, el que satisface plenamente sus necesidades parece un ganador a los ojos del mundo. La publicidad nos machaca con esta idea, —la idea de buscar lo propio, del egoísmo— y sin embargo Jesús no está de acuerdo y la rechaza. Según él, quien vive para sí mismo no solo pierde algo, sino toda la vida; mientras el que se entrega encuentra el sentido de la vida y gana.

Entonces hay que elegir: amor o egoísmo. El egoísta piensa en cuidar de su vida y está apegado a las cosas, al dinero, al poder, al placer. Entonces el diablo tiene las puertas abiertas. El diablo entra «por los bolsillos», si estás apegado al dinero. El diablo hace que creas que todo está bien, pero en realidad el corazón está anestesiado de egoísmo. El egoísmo es una anestesia muy potente. Este camino siempre termina mal: al final uno se queda solo, con el vacío dentro. El final de los egoístas es triste: vacíos, solos, rodeados solamente de quienes quieren heredar. Es como el grano del Evangelio: si permanece cerrado, se queda bajo tierra. Si, en cambio, se abre y muere, da fruto en la superficie.

Pero podríais decirme: darse, vivir para Dios y para los demás es un gran esfuerzo para nada, el mundo no gira así: para salir adelante no se necesitan granos de trigo, se necesita dinero y poder. Pero es una gran ilusión: el dinero y el poder no liberan al hombre, lo esclavizan. Escuchad: Dios no ejerce el poder para resolver nuestros males y los del mundo. Su camino es siempre el del amor humilde: solo el amor libera en el interior, da paz y alegría. Esta es la razón por la cual el verdadero poder, el poder según Dios, es el servicio. Lo dice Jesús. Y la voz más fuerte no es la del que grita más. La voz más fuerte es la oración. Y el mayor éxito no es la propia fama, como un pavo real, no. La gloria más grande, el mayor éxito es el testimonio.

Queridos hermanos y hermanas, hoy estamos llamados a elegir de qué lado estamos: vivir para nosotros mismos —con las manos cerradas [hace el gesto]— o dar la vida, con las manos abiertas [hace el gesto]. Solo dando la vida se derrota el mal. Un precio muy alto, pero solo así [se derrota el mal]. Don Pino

nos lo enseña: no vivía para ser visto, no vivía de llamamientos contra la mafia, y tampoco se contentaba con no hacer nada malo, pero sembraba el bien, mucho bien. La suya parecía la lógica de un perdedor, mientras la lógica de la cartera parecía la ganadora. Pero el padre Pino tenía razón: la lógica del dios-dinero es siempre perdedora. Miremos dentro de nosotros. Tener empuja siempre a querer: tengo una cosa e inmediatamente quiero otra, y luego otra, más y más, sin fin. Cuanto más tienes, más quieres: es una mala adicción. Es una mala adicción. Es como una droga. El que se infla de cosas estalla. El que ama, en cambio, se

amor y viven para servir. Dando la vida se encuentra la alegría, porque hay más alegría en dar que en recibir (cf. *Hechos* 20, 35). Entonces me gustaría preguntaros: ¿También vosotros queréis vivir así? ¿Queréis dar la vida, sin esperar a que otros den el primer paso? ¿Queréis hacer el bien sin esperar algo a cambio, sin esperar a que el mundo mejore? Queridos hermanos y hermanas ¿queréis arriesgaros por este camino, arriesgaros por el Señor?

Don Pino, él sí, él sabía que estaba en peligro, pero sabía sobre todo que el peligro real en la vida no es arriesgarse, es vivir entre el confort, con las medias tintas, con los atajos. Dios nos libre de vivir por lo bajo, contentándonos con verdades a medias. Las verdades a medias no sacian el corazón, no hacen bien. Dios nos libre de una vida pequeña, que gira en torno a lo «menudo». Nos

y aborrece a su hermano, es un mentiroso» (1 Juan 4, 20). Un mentiroso, porque desmiente la fe que dice que tiene, la fe que profesa Dios-amor. El amor de Dios repudia toda violencia y ama a todos los hombres. Por lo tanto, la palabra odio debe ser borrada de la vida cristiana; por eso, uno no puede creer en Dios y maltratar a tu hermano. No se puede creer en Dios y ser mafioso. El mafioso no vive como cristiano, porque blasfema con su vida el nombre de Dios-amor. Hoy necesitamos hombres y mujeres de amor, no hombres y mujeres de honor; de servicio, no de dominio. Tenemos necesidad de caminar juntos, no de perseguir el poder. Si la letanía de la mafia es: «Tú no sabes quién soy yo», la cristiana es: «Yo te necesito». Si la amenaza mafiosa es: «Me la pagarás», la oración cristiana es: «Señor, ayúdame a amar». Por eso, digo a los mafiosos: ¡Cambiad, hermanos y hermanas! Dejad de pensar en vosotros y en vuestro dinero. Sabes, sabéis que «el sudario no tiene bolsillos». No podréis llevarlos nada. ¡Convertíos al verdadero Dios de Jesucristo, queridos hermanos y hermanas! Os digo a vosotros, mafiosos: si no lo hacéis, vuestra vida se perderá y será la peor de las derrotas.

Hoy el Evangelio termina con la invitación de Jesús: «Si alguno me sirve, que me siga» (v.26). Que me siga, es decir, que se ponga en camino. No se puede seguir a Jesús con las ideas, hay que moverse. «Si cada uno hace algo, se puede hacer mucho», repetía don Pino. ¿Cuántos de nosotros ponemos en práctica estas palabras? Hoy, ante él, preguntémos: «¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer por los demás, por la Iglesia, por la sociedad?». No esperes a que la Iglesia haga algo por ti, empieza tú. No esperes a que lo haga la sociedad, ¡empieza tú! No pienses en ti mismo, no huyas de tu responsabilidad, ¡elige el amor! Siente la vida de tu gente necesitada, escucha a tu pueblo. Temed la sordera de no escuchar a vuestro pueblo. Este es el único populismo posible: escuchar a vuestro pueblo, el único «populismo cristiano»: escuchar y servir al pueblo, sin gritar, acusar y provocar disputas.

Así hizo el padre Pino, pobre entre los pobres de su tierra. En su habitación, la silla donde estudiaba estaba rota. Pero la silla no era el centro de su vida, porque no estaba sentado a descansar, sino que vivía en camino hacia el amor. Esta es la mentalidad ganadora. Ésta es la victoria de la fe, nacida del don diario de uno mismo. Ésta es la victoria de la fe, que lleva la sonrisa de Dios a los caminos del mundo. Ésta es la victoria de la fe, que nace del escándalo del martirio. «Nadie tiene mayor que el que da su vida por sus amigos» (Juan 15, 13). Estas palabras de Jesús, escritas en la tumba de don Pugliesi, recuerdan a todos que dar la vida fue el secreto de su victoria, el secreto de una vida hermosa. Hoy también nosotros, queridos hermanos y hermanas, elijamos una vida hermosa. Que así sea.



encuentra a sí mismo y descubre qué hermoso es ayudar, qué hermoso es servir; encuentra alegría dentro y una sonrisa fuera, como lo fue para Don Pino.

Hace veinticinco años, como hoy, cuando murió el día de su cumpleaños, coronó su victoria con una sonrisa, con esa sonrisa que no dejó dormir por la noche a su asesino, que dijo, «había una especie de luz en aquella sonrisa». El padre Pino estaba indefenso, pero su sonrisa transmitía la fuerza de Dios: no un resplandor cegador, sino una luz apacible que excava dentro e ilumina el corazón. Es la luz del amor, del don, del servicio. Necesitamos tantos sacerdotes sonrientes. Necesitamos cristianos sonrientes, no porque se tomen las cosas a la ligera, sino porque son ricos solo de la alegría de Dios, porque creen en el

libre de pensar que todo está bien si a mí me va bien y que los demás se las arreglen. Nos libre de creer que somos justos si no hacemos nada para contrarrestar la injusticia. El que no hace nada para contrarrestar la injusticia no es un hombre o una mujer justo. Nos libre de creer que somos buenos solo porque no hacemos nada malo. «Es bueno —decía un santo— no hacer el mal. Pero es malo no hacer el bien» (san Alberto Hurtado). Señor, danos el deseo de hacer el bien; de buscar la verdad que detesta la falsedad; de elegir el sacrificio, no la pereza; el amor, no el odio; el perdón, no la venganza.

A los demás la vida se les da, a los demás la vida se les da, no se les quita. No puedes creer en Dios y odiar a tu hermano, quitar la vida con odio. La primera lectura recuerda esto: «Si uno dice: “Amo a Dios”

En Piazza Armerina el papa denuncia subdesarrollo, explotación y desocupación

Tocar las llagas de la Iglesia y de la sociedad



A Piazza Armerina, primera etapa de la visita a Sicilia, el Papa llegó el sábado 15 de septiembre por la mañana. En la plaza Europa se llevó a cabo el encuentro con los fieles, introducido por el saludo del obispo Rosario Gisana. A continuación, el discurso pronunciado por el Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Estoy contento de estar entre vosotros. ¡Es hermoso el sol de Sicilia, es hermoso! Gracias por esta cálida bienvenida. Doy las gracias al obispo monseñor Rosario Gisana, al alcalde y a las demás autoridades, así como a todos los que han colaborado en esta visita. Vuestro obispo acaba de recordar la opción que la Iglesia de Piazza Armerina está cumpliendo con alegre esperanza, en medio de los diversos problemas que limitan la serenidad de este territorio. No son pocas las llagas que os afligen. Tienen un nombre: subdesarrollo social y cultural; explotación de los trabajadores y falta de empleo digno para los jóvenes; migración de núcleos familiares enteros; usura; alcoholismo y otras adicciones; juegos de azar; deshilachamiento de los vínculos familiares. Y frente a tanto sufrimiento, la comunidad eclesial a veces puede parecer perdida y cansada; a veces, en cambio, gracias a Dios, es vivaz y profética, mientras busca nuevas formas de anunciar y ofrecer misericordia sobre todo a aquellos hermanos que han caído en la desafección, en la desconfianza, en la crisis de la fe. Porque es verdad, no es fácil seguir con la fe en medio de tantos problemas, no es fácil. Lo entiendo.

Considerar las llagas de la sociedad y de la Iglesia no es una acción denigratoria y pesimista. Si queremos dar sustancia a nuestra fe, debemos aprender a reconocer en estos sufrimientos humanos las mismas llagas del Señor. Mirarlas, tocarlas (Juan 20, 27). Tocar las llagas del Señor en nuestras llagas, en las llagas de nuestra sociedad, de nuestras familias, de nuestra gente, de nuestros amigos. Tocar las llagas del Señor allí. Y esto significa para nosotros, los cristianos, asumir la historia y la carne de Cristo como lugar de la salvación y la liberación.

Os exhorto, por lo tanto, a comprometeros con la nueva evangelización de este territorio central siciliano, precisamente a partir de sus cruces y sufrimientos. Después de completar el bicentenario de vuestra diócesis, os espera una misión emocionante, para volver a presentar el rostro de una Iglesia sinodal y de la Palabra; Iglesia de la caridad misionera; Iglesia Comunidad eucarística. La perspectiva de una Iglesia

sinodal y de la Palabra requiere el coraje de escucharse recíprocamente, pero sobre todo de escuchar la Palabra del Señor. Por favor, no antepongáis nada al núcleo esencial de la comunión cristiana, que es la Palabra de Dios, sino hacédla vuestra en especial a través de la *lectio divina*, momento maravilloso de encuentro corazón a corazón con Jesús, de descanso a los pies del divino Maestro. Palabra de Dios y comunión sinodal son la mano extendida a los que viven entre esperanzas y decepciones e invocan una Iglesia misericordiosa cada vez más fiel al Evangelio y abierta para recibir a los que se sienten derrotados en el cuerpo y en el espíritu, o son relegados a los márgenes. Para llevar a cabo esta misión, es necesario referirse siempre al espíritu de la primera comunidad cristiana que, animada por el fuego de Pentecostés, fue testigo valiente de Jesús Resucitado. Entrad con confianza, queridos hermanos y hermanas, en el tiempo del discernimiento y de las opciones fecundas, útiles para vuestra felicidad y para el desarrollo armonioso. Pero para ir adelante así, tenéis que estar acostumbrados a la Palabra de Dios: leed el Evangelio todos los días, un pasaje pequeño del Evangelio. No lleva más de cinco minutos. Quizás un evangelio pequeño, en el bolsillo, en el bolso... Tomadlo, miradlo y leedlo. Y así, todos los días, como gota a gota, el Evangelio entrará en nuestro corazón y nos hará discípulos de Jesús y más fuertes para salir, ayudar en todos los problemas de nuestra ciudad, de nuestra sociedad, de nuestra Iglesia.

Hacedlo, hacédlo. Le pido al obispo que facilite la posibilidad de tener un evangelio a todos los que lo pidan, para llevarlo consigo. La lectura de la Palabra de Dios os hará fuertes.

Para ser Iglesia de caridad misionera, se debe prestar atención al servicio de la caridad que hoy es requerido por circunstancias concretas. Los sacerdotes, los diáconos, las personas consagradas y los fieles laicos están llamados a sentir compasión evangélica —esta palabra es clara, es lo que sentía Jesús: compasión evangélica— por los muchos males de la gente, convirtiéndose en apóstoles de la misericordia en el territorio, a imitación de Dios, que «es ternura y que quiere llevarnos a una itinerancia constante y renovadora». (Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate*, 134). Id con sencillez a través de las callejuelas, los cruces de caminos, las plazas y lugares de la vida diaria, y llevad a todos la buena noticia de que es posible una convivencia justa entre nosotros, agradable y amable, y de que la vida no es maldición oscura que hay que soportar con fatalismo, sino con confianza en la

bondad de Dios y en la caridad de los hermanos. Es importante favorecer en las parroquias y en las comunidades la caridad evangélica, la solidaridad y el cuidado fraternal, evitando la tentación mundana de una vida tranquila, del pasárselo bien, sin preocuparse de las necesidades de los demás.

Os animo a continuar en vuestro servicio eclesial que se expresa en obras concretas: centro de escucha de Cáritas, comedores y refugios para los hermanos menos afortunados, estructuras para albergar a Jesús prófugo y confundido y casas de amor para los ancianos, a menudo solos y desanimados. Por favor, no dejéis solos a los ancianos, a nuestros abuelos. Nuestra identidad, son nuestras raíces y nosotros no queremos ser un pueblo sin raíces. Nuestras raíces son los viejos. ¡Adelante! Cuidar de los ancianos, de los viejos. Cuidar de los abuelos. Y que los jóvenes hablen con los abuelos, así se harán con las raíces. No olvidéis que la caridad cristiana no se contenta con ayudar; no es filantropía —son cosas diferentes: caridad cristiana y filantropía— sino que empuja al discípulo y a toda la comunidad para ir a las causas de malestar e intentar eliminarlas, en la medida de lo posible, junto con los mismos hermanos necesitados, integrándolos en nuestro trabajo. Un aspecto de la caridad misionera es también prestar atención a los jóvenes y sus problemas. Veo aquí a muchos niños y jóvenes, que colorean la asamblea de esperanza y alegría.

Queridos amigos, vosotros jóvenes, chicos y chicas, os saludo a todos y os animo a ser artífices alegres de vuestro destino. Mirad siempre hacia adelante, sin olvidar las raíces. Sabed que Jesús os ama: es un amigo sincero y fiel que nunca os abandonará; ¡podéis confiar en él! En los momentos de duda —de jóvenes todos hemos tenido momentos difíciles, de duda,— en los momentos de dificultad, podéis contar con la ayuda de Jesús, especialmente para alimentar vuestros grandes ideales. Y en la medida en que pueda cada uno, está bien que se fie de la Iglesia, llamada a interceptar vuestras necesidades de autenticidad y a ofrecer un ambiente alternativo al que os cansa cada día, dónde encontrar el gusto de la oración, de la unión con Dios, del silencio que lleva el corazón a las profundidades de vuestro ser y de la santidad. He escuchado tantas veces a algún joven que decía: «Yo de Dios me fío, pero de la Iglesia no» —Pero ¿por qué?— «Porque soy un anticlerical». ¡Ah!, tu eres un anticlerical; entonces acércate al

Tocar las llagas de la Iglesia y de la sociedad

VIENE DE LA PÁGINA 9

cura y dile: «Yo no me fío de ti, por esto, por eso y por aquello». ¡Acércate! Acércate también al obispo y díselo a la cara: «Yo no me fío de la Iglesia por esto, por eso y por aquello». ¡Así es la juventud valiente! Pero con ganas de escuchar la respuesta. A lo mejor ese día al cura le duele el hígado y te echará, pero solo esa vez; siempre te dirá algo. ¡Escuchar, escuchar! Y vosotros, los sacerdotes, tened paciencia, paciencia constructiva para escuchar a los jóvenes, porque siempre en la inquietud de los jóvenes están las semillas del futuro. Y tú tienes que verlas y ayudar a los jóvenes a ir adelante. Hace falta diálogo.

El tercer elemento que os indico es el de la Iglesia comunidad eucarística. De allí, de la Eucaristía sacamos el amor de Cristo para llevarlo a las calles del mundo, para ir con él al encuentro de nuestros hermanos. Con Él, —este es el secreto— podemos consagrar toda la realidad a Dios, hacer que su rostro se imprima en vuestros rostros, que su amor llene los vacíos del amor. Por lo que respecta a la participación en la Santa Misa, especialmente la misa dominical, es importante no estar obsesionado con los números: os exhorto a vivir la dicha de la pequeñez, de ser semilla de mostaza, pequeño baño, puñado de la levadura, llama resistente, piedrecilla de sal. Cuántas veces he oído: «Ah, padre, yo rezo pero no voy a misa». Pero ¿por qué? «Porque el sermón me aburre, dura cuarenta minutos». No, toda la misa tiene que durar cuarenta minutos, pero un sermón de más de ocho minutos, no funciona.

La Eucaristía y el sacerdocio ministerial son inseparables: el sacerdote es el hombre de la Eucaristía. Dirijo un pensamiento particular a los presbíteros, buenos hermanos, y los exhorto a estar cerca del obispo y entre ellos, para llevar el Señor a todos.

Queridos sacerdotes, ¡qué necesario es construir pacientemente la alegría de la familia presbiteral, amándonos y apoyándonos unos a otros! Es bueno trabajar juntos, considerando a los hermanos «superiores a vosotros mismos» (cf. *Filipenses* 2, 3). En medio del pueblo de Dios que se os ha confiado, estáis llamados a ser los primeros en superar las barreras, los prejuicios que dividen; el primero en detenerse en humilde contemplación ante la difícil historia de esta tierra, con la sabia caridad pastoral que es un don del Espíritu; los primeros en indicar los caminos a través de los cuales la gente puede ir hacia espacios abiertos de rescate y verdadera libertad. Consolados por Dios, vosotros podréis ser consoladores, enjugar lágrimas, sanar heridas, reconstruir vidas, vidas rotas que se confían fielmente a vuestro ministerio (cf. *Hechos* 5, 14-16).

Me permito daros una receta a vosotros, los sacerdotes, no sé si servirá: ¿Cómo acabo el día? ¿Tengo que tomar pastillas para dormir? Entonces algo no ha ido bien. Pero si termino el día cansado, cansadísimo, las cosas han ido bien. Esto es un punto importante. Queridos herma-



nos y hermanas, ¡sería agradable estar juntos un poco más! Siento la calidez de vuestra fe y las esperanzas que lleváis en vuestros corazones, pero me esperan en Palermo, donde recordaremos con gratitud al sacerdote mártir Pino Puglisi. He oído que, hace veinticinco años, justo un mes antes de su asesinato, pasó unos

días aquí en Piazza Armerina. Había venido a encontrarse con los seminaristas, alumnos suyos en el seminario mayor de Palermo. ¡Un pasaje profético, creo! Una entrega, no solo a los sacerdotes, sino a todos los fieles de esta diócesis: ¡Por amor de Jesús, servid a los hermanos hasta el final! Os encomiendo a todos a la Virgen

María, a quien veneráis como Nuestra Señora de las Victorias. Ahora, en silencio, vamos a rezarle. «Dios te salve, María...». Qué ella os sostenga en el combate espiritual y os oriente con decisión hacia la victoria de la Resurrección. Os bendigo a todos de todo corazón y os pido que por favor recéis por mí. ¡Buen día para todos! Ahora os daré la bendición, pero preparemos el corazón para recibirla. Que cada uno piense en sus seres queridos, para que esta bendición descienda sobre sus seres queridos.

Que piense en sus amigos. Y también en sus enemigos, en las personas a las que no quiero y que no me quieren. Abrir el corazón a todos, para que esta bendición descienda sobre todos.

El Papa reprende a la comunidad internacional sobre la tragedia de los prófugos en Siria e Irán

No podemos cerrar los ojos

Asegurar «protección y futuro» a los desplazados a causa de la guerra «es un deber de civismo». Lo recordó el Papa Francisco en el discurso que dirigió a los participantes del sexto encuentro de trabajo sobre la crisis en Irak, en Siria y en los países limítrofes. El Pontífice les recibió en audiencia en la mañana del viernes 14 de septiembre, en la Sala del Consistorio.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Os saludo y os doy las gracias a todos vosotros, participantes en este sexto encuentro de coordinación sobre la respuesta de la Iglesia a la crisis en Irak, en Siria y en los países limítrofes, un encuentro en el que este año también está involucrada la Sección migrantes y refugiados. Agradezco especialmente al cardenal Peter Turkson y al Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral por haber organizado este encuentro, en colaboración con la Secretaría de Estado y la Congregación para las Iglesias Orientales. También doy las gracias al señor Filippo Grandi, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, por su presencia y por el trabajo que realiza en favor de los refugiados. Muchas gracias.

Desde hace demasiados años, los conflictos ensanguantan a esa región y la situación de la población en Siria y en Irak y en los países limítrofes sigue causando gran preocupación. Todos los días, cuando rezo, pongo ante el Señor los sufrimientos y las necesidades de las Iglesias y de los pueblos de esas queridas tierras, así como también los de aquellos que hacen todo lo posible para ayudarlos. Y esto es verdad: cada día.

Con vuestra tercera encuesta sobre la ayuda humanitaria de las entidades eclesiales, aportáis una contribución importante para comprender mejor las necesidades y coordinar mejor la ayuda a favor de estas poblaciones. Como he señalado repetidamente, se corre el riesgo de que la presencia cristiana desaparezca precisamente en la tierra desde la cual se propagó la luz del Evangelio a todo el mundo. En colaboración con las Iglesias hermanas, la Santa Iglesia trabaja arduamente para garantizar un futuro a estas comunidades cristianas. La Iglesia entera mira a nuestros hermanos y hermanas en la fe y los anima con la cercanía en la oración y la caridad concreta para que no cedan a las tinieblas de la violencia y mantengan encendida la lámpara de la esperanza. El testimonio de amor con el que la Iglesia escucha y responde al grito de auxilio de todos, empezando por los más débiles y los pobres, es una señal luminosa para el presente y una semilla de

esperanza que brotará en el futuro. Esta obra exquisitamente cristiana me recuerda algunos pasajes de la llamada «Oración simple» atribuida a San Francisco de Asís: «Donde haya odio, lleve yo amor [...]. Donde haya desesperación, lleve yo esperanza. Donde haya tristeza, lleve yo alegría».

Entre las muchas iniciativas loables que habéis organizado, me gustaría citar este año la gran tarea para apoyar el retorno de las comunidades cristianas en la meseta de Nínive, Irak y las curas sanitarias aseguradas a muchos pacientes pobres en Siria, en particular a través del proyecto «Hospitales abiertos».

Queridos hermanos, juntos, con la gracia de Dios, miremos hacia el futuro. Os animo a vosotros, que trabajáis en nombre de la Iglesia, a continuar ocupándoos de la educación de los niños, del trabajo de los jóvenes, de la cercanía a los ancianos, de la curación de las heridas psicológicas; sin olvidar las de los corazones, que la Iglesia está llamada a aliviar: «Donde haya ofensa, lleve yo perdón. Donde haya discordia, lleve yo unión».

Por último, insto con fuerza a la comunidad internacional a que no olvide las numerosas necesidades de las víctimas de esta crisis, pero sobre todo a que supere la lógica de los intereses y se ponga al servicio de la paz poniendo fin a la guerra.

No podemos cerrar los ojos frente a las causas que han obligado a millones de personas a abandonar, con dolor, su propia tierra. Al mismo tiempo, aliento a todos los actores involucrados y a la comunidad internacional a renovar sus esfuerzos para el retorno seguro de las personas desplazadas a sus hogares. Garantizarles protección y futuro es un deber de civismo. Sólo secando las lágrimas de los niños que no han visto nada más que escombros, muerte y destrucción, el mundo recuperará la dignidad (cf. Palabras al final del diálogo, Bari 7 de julio, 2018). En este sentido, reitero mi aprecio por los grandes esfuerzos en favor de los refugiados realizados por diversos países de la región y por diversas organizaciones, incluidas algunas representadas aquí.

Hagamos nuestra de nuevo la Oración: «Señor, haz de mí un instrumento de tu paz [...]. Donde haya tinieblas, lleve yo luz». Ser instrumentos de paz y luz: es mi deseo para cada uno de vosotros. Desde lo más profundo de mi corazón: gracias por todo lo que hacéis cada día, junto con tantos hombres y mujeres de buena voluntad. ¡Gracias, gracias! ¡Qué el Señor os bendiga y la Virgen os acompañe.

Constitución apostólica

El martes 18 de septiembre se presentó en la Sala de Prensa de la Santa Sede la Constitución apostólica *Episcopalis communio*, que tiene como intención implicar cada vez más directamente al pueblo de Dios en la experiencia sinodal de la Iglesia. Y reformula la estructura, las tareas y pas perspectivas del Sínodo de los obispos instituido en 1965 por Pablo VI, relanzando la sinodalidad como «dimensión constitutiva de la Iglesia» y valorando en este ámbito el *sensus fidei* de todos los bautizados. Publicamos a continuación parte de las intervenciones del cardenal secretario general del Sínodo de los obispos Lorenzo Baldisseri y del profesor de Teología dogmática y consultor de la Secretaría General del Sínodo, Dario Vitali, durante la presentación del documento, en las que ilustran su contenido.



Las raíces en la tradición de la Iglesia

DARIO VITALI

La novedad del documento: profundiza sus raíces en la tradición viviente de la Iglesia. Se puede decir bien que la constitución manifiesta con evidencia aquella «hermenéutica de la reforma en la continuidad del único sujeto-Iglesia» indicada por Benedicto XVI como la vía que permite a la estructura eclesial manifestarse fiel al Espíritu, sin cerrarse en la defensa del pasado y de sus formas, sin aventurarse en experimentaciones sin historia, pero manteniéndose resistentes en el surco de la tradición viviente —y por eso dinámica— de la Iglesia.

En la constitución se recoge, sobre todo, la fidelidad al concilio Vaticano II, a menudo acusado de haber «traicionado la tradición», cortando el hilo que mantenía atada la Iglesia a sus orígenes. Una afirmación del estilo no solo no muestra que no conoce los pasajes traumáticos que «el único sujeto-Iglesia» ha vivido en el tiempo (bastaría pensar en la reforma gregoriana), sin por ello interrumpir el camino de la tradición viva; no recoge aquella vuelta a las fuentes querido por el concilio, que se mantuvo fiel no a un segmento —por otra parte más reciente— de la tradición, sino que ha recuperado el vínculo con todo el camino de la tradición viviente de la Iglesia. Aquellas que a menudo se liquidan como «elecciones de compromiso» manifiestan, en cambio, cómo el concilio, *Dei verbum religiose audiens*, quiso y supo colocar todas las adquisiciones dogmáticas del segundo milenio —sobre todo aquellas sobre el primado petriño— en el cuadro de una eclesiología dinámica, en la que volvían a emerger los elementos puestos en evidencia por la experiencia privilegiada de los padres de la Iglesia.

Se podría decir, con un poco de audacia, que la constitución apostólica *Episcopalis communio* tiene como objetivo regular inmediatamente la celebración de las asambleas sinodales, pero teniendo como horizonte una Iglesia toda sinodal, hacia la cual todos estamos llamados a ir. El vínculo ideal con la Iglesia de los primeros siglos, que caminaba de forma sinodal, es muy fuerte.

En ese sentido, de hecho, la celebración del Sínodo se convierte de algún modo en imagen y modelo de la Iglesia misma, que está llamada a asentar toda su vida sobre el principio sinodal de la escucha recíproca, a todos los niveles de su vida.

La constitución, recogiendo la herencia del concilio Vaticano II, propone una vía católica de la sinodalidad que compromete a toda la Iglesia y a todos sus sujetos en este proceso: el pueblo de Dios, el colegio de los obispos, el obispo de Roma.

Cuatro claves

LORENZO BALDISSERI

El texto de la constitución apostólica *Episcopalis communio* se articula en dos grandes secciones: una sección doctrinal, compuesta por 10 párrafos, y una sección disciplinar, compuesta por 27 artículos. Cuatro me parecen en síntesis las claves de lectura principales para aproximarse a la parte doctrinal del texto, que obviamente inspira y justifica la siguiente parte disciplinar.

La primera es la referencia al concilio Vaticano II, que representa el «seno» generador del Sínodo de los obispos. La referencia a la última asamblea ecuménica no está motivada por simples razones de circunstancias, sino que ofrece al Papa la ocasión para retomar y profundizar en algunas articulaciones teológicas cruciales del concilio, en particular en lo que concierne a la doctrina eclesiológica. Central es la referencia a la colegialidad episcopal, como se desarrolla en el III capítulo de la constitución dogmática *Lumen gentium*. El Sínodo, por lo tanto, está designado de alguna manera a prolongar en la vida ordinaria de la Iglesia el dinamismo benéfico del concilio ecuménico, que en la historia se ha demostrado constantemente un factor potente de reforma eclesial, pero que, por su misma naturaleza, es un acontecimiento absolutamente excepcional.

La segunda clave de lectura se ofrece por la referencia al tema de la renovación de la Iglesia. El Papa Francisco no mira solo al pasado, es decir, al concilio Vaticano II, sino también al presente, es decir, al ahora actual de la Iglesia, la cual se va introduciendo —como se lee en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*— en una «nueva etapa evangelizadora» (n. 1), pidiéndole con fuerza que se constituya «en todas las regiones de la tierra en un «estado permanente de misión»» (n. 25). Se trata, para el Papa Francisco, de remodelar todas las estructuras eclesiales, para que se conviertan en «más misioneras», es decir, más sensibles a las necesidades de las personas, más abiertas a lo nuevo que avanza, más dúctiles en una época de rápidas transformaciones (cf. n. 27).

podremos decir que uno de los objetivos de la nueva constitución apostólica es precisamente el de hacer el Sínodo más «dinámico» y por eso más incisivo en la vida de la Iglesia. Este dinamismo es visible, de modo particular, en la relación de circularidad establecida entre el Sínodo y las Iglesias locales, a través de los sínodos de las Iglesias orientales católicas y de las Conferencias episcopales. El Sínodo «parte» de las Iglesias locales, es decir, desde abajo, del pueblo de Dios difuso en toda la tierra, por medio de una consulta general y, después de la asamblea de los padres sinodales «vuelve» a las Iglesias particulares, donde las conclusiones acogidas por el Papa deberán ser traducidas teniendo en cuenta las necesidades concretas del pueblo de Dios, en un proceso necesariamente creativo de inculturación.

Cuanto he dicho nos introduce ya en la tercera clave de lectura del documento, que me parece la decisiva. Se trata del factor de mayor novedad de la nueva constitución apostólica, expuesto sobre todo a partir del n.5, un factor que configura bajo ciertos aspectos una verdadera y propia «refundación» del organismo sinodal: me refiero al encuadramiento estable del Sínodo dentro del marco de una Iglesia constitutivamente sinodal. Si la referencia en el capítulo III de *Lumen gentium* sobre la doctrina del episcopado podría parecer descontado en un documento sobre el Sínodo, menos descontada es la referencia en el capítulo II, aquel sobre el pueblo de Dios. Se sabe que precisamente en aquel capítulo el Papa Francisco se menciona a menudo y con mucho gusto en su magisterio, siendo la imagen eclesiológica del pueblo de Dios, radicada en la sagrada Escritura y en los padres de la Iglesia, aquella privilegiada por él. He aquí, por lo tanto, cómo el Santo Padre concibe la revisión normativa del Sínodo: «Quien afirme esta obra de renovación debe ser la firme convicción de que todos los pastores están constituidos por el servicio al pueblo santo de Dios, al cual ellos mismos pertenecen en virtud del sacramento del Bautismo» (n. 5). Sigue inmediatamente una referencia a la doctrina del *sensus fidei*, que hace al pueblo de Dios infalible «in credendo». Esto exige que los pastores se pongan en escucha atenta de su rebaño para comprender lo que el Espíritu Santo dice a la Iglesia y pide que el mismo Sínodo, de asamblea en asamblea ponga en marcha una consulta a los fieles lo más vasta posible. La constitución apostólica no se limita, por lo tanto, a referirse a la doctrina sobre la colegialidad episcopal sino que va más allá, ilustrando el ministerio de los obispos como servicio al pueblo de Dios en la pluralidad de los ministerios y carismas. De ahí a la última clave de lectura el paso es breve. Se nos ofrece en el último párrafo de la parte doctrinal (n. 10), no porque sea menos importante, sino porque en un cierto sentido es aquella que se configura más rica de futuro. Se trata de la dimensión ecuménica.

El Papa Francisco se muestra convencido de que —a través de la debida valoración de la dimensión sinodal de la Iglesia, que reclama el protagonismo de todos los bautizados, y en el interior de la dimensión colegial del episcopado, que relea la doctrina sobre el primado en clave de comunión —podrá finalmente iniciarse aquella «conversión del papado» ya auspiciada por San Juan Pablo II y a lo que nuestros hermanos ortodoxos y protestantes miran con interés vivo. Precisamente en esta dirección se podrá leer —y señalo así, en conclusión, también la parte disciplinar del documento— la nueva previsión del artículo 1, § 3, según el cual, además de las tres formas ya verificadas de asamblea sinodal (general ordinaria, general extraordinaria y especial), «particularmente por razones de naturaleza ecuménica, el romano Pontífice puede convocar una asamblea sinodal según otras modalidades por él mismo establecidas».



En la audiencia general el Papa recuerda el deber de honrar a los padres

Agradecidos con quien nos ha dado la vida

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el viaje al interior de las Diez palabras llegamos hoy al mandamiento sobre el padre y la madre. Se habla del honor debido a los padres. ¿Qué es este «honor»? El término hebreo indica la gloria, el valor, literalmente el «peso», la consistencia de una realidad. No es cuestión de formas exteriores sino de verdad. Honrar a Dios, en las Escrituras, quiere decir reconocer su realidad, hacer las cuentas con su presencia; eso se expresa también con los ritos, pero implica sobre todo dar a Dios el justo puesto en la existencia. Honrar al padre y a la madre quiere decir de todos modos reconocer su importancia también con hechos concretos, que expresen dedicación, efecto y cuidado. Pero no se trata solo de esto.

La Cuarta Palabra tiene una característica suya: es el mandamiento que contiene un resultado. Dice, de hecho: «Honra a tu padre y a tu madre, como te lo ha mandado Yahveh tu Dios, para que se prolonguen tus días y seas feliz en el suelo que Yahveh tu Dios te da» (*Deuteronomio* 5, 16). Honrar a los padres lleva a una larga vida feliz. La palabra «felicidad» en el Decálogo aparece solo ligada a la relación con los padres.

Esta sabiduría plurimilenaria declara lo que las ciencias humanas han sabido elaborar solo desde hace poco más de un siglo: que la huella de la infancia marca toda la vida. Puede ser fácil, a menudo, entender si alguno ha crecido en un ambiente sano y equilibrado. Pero igualmente percibir si una persona viene de experiencias de abandono o de violencia. Nuestra infancia es un poco como una tinta indeleble, se expresa en los justos, en los modos de ser, incluso si algunos intentan esconder las heridas de los propios orígenes.

Pero el cuarto mandamiento dice más todavía. No habla de la bondad de los padres, no pide que los padres y las madres sean perfectos.

Habla de un acto de los hijos, prescindiendo de los méritos de los padres, y dice una cosa extraordinaria y liberadora: incluso si no todos los padres son buenos y no todas las infancias son serenas, todos los hijos pueden ser felices, porque alcanzar una vida plena y feliz depende del reconocimiento justo hacia quien nos ha puesto en el mundo.

Pensemos en lo constructiva que puede ser esta Palabra para muchos jóvenes que vienen de historias de dolor y para todos aquellos que han sufrido en la propia juventud. Muchos santos —y muchísimos cristianos— después de una infancia dolorosa han vivido una vida luminosa, porque, gracias a Jesucristo, se han reconciliado con la vida. Pensemos en aquel joven, hoy beato, y el próximo mes santo, Sulprizio, que con 19 años terminó su vida reconciliado con tantos dolores, tantas cosas, porque su corazón estaba sereno y nunca había renegado de sus padres. Pensemos en san Camilo de Levis, que desde una infancia desordenada construyó una vida de amor y de servicio; en santa Josefina Bakhita, crecida en una horrible esclavitud; o

en el beato Carlo Gnocchi, huérfano y pobre; y en el propio san Juan Pablo II, marcado por la pérdida de la madre a una tierna edad.

El hombre, de cualquier historia que proceda, recibe de este mandamiento la orientación que conduce a Cristo: en Él, de hecho, se manifiesta el verdadero padre, que nos ofrece «nacer de lo alto» (cf. *Juan* 3, 3-8). Los enigmas de nuestras vidas se iluminan cuando se descubre que Dios desde siempre nos prepara para una vida de hijos suyos, donde cada acto es una misión recibida por Él.

Nuestras heridas empiezan a ser potencialidades cuando por gracia descubrimos que el verdadero enigma ya no es «¿por qué?», sino «¿por quién?», por quién me ha sucedido esto ¿En vista de qué obra Dios me ha forjado a través de mi historia? Aquí todo se vierte, todo resulta valioso, todo se convierte en constructivo. Mi experiencia, aunque triste y dolorosa, a la luz del amor, ¿cómo se convierte para los demás, para quién, en fuente de salvación? Entonces podemos empezar a honrar a nuestros padres con libertad de hijos adultos y con misericordiosa

«Alcanzar una vida plena y feliz depende del reconocimiento justo hacia quien nos ha puesto en el mundo». Lo dijo el Papa en la audiencia general del miércoles 19 de septiembre en la plaza de San Pedro. Continuando con el ciclo de catequesis sobre el Decálogo, el Pontífice habló del mandamiento que invita a honrar al padre y a la madre.

acogida de sus límites. Honrar a los padres: ¡nos han dado la vida! Si tú estás lejos de tus padres, haz un esfuerzo y vuelve, vuelve a ellos; tal vez son viejos... Te han dado la vida. Y después, entre nosotros está la costumbre de decir cosas feas, incluso palabrotas... Por favor, nunca, nunca, nunca insultéis a los padres de los demás. ¡Nunca! Nunca se insulta a la madre, nunca insultéis al padre. ¡Nunca! ¡Nunca! Tomad vosotros mismos esta decisión interior: desde hoy en adelante nunca insultaré a la madre o al padre de nadie. ¡Le han dado la vida! No deben ser insultados.

Esta vida maravillosa se nos ha ofrecido, no impuesto: renacer en Cristo es una gracia a acoger libremente (cf. *Juan* 1, 11-13), y es el tesoro de nuestro Bautismo, en el que, por obra del Espíritu Santo, uno solo es el Padre nuestro, el del cielo (cf. *Mateo* 23, 9; *1 Corintios* 8, 6; *Efesios* 4, 6). ¡Gracias!

Será beatificada el próximo 22 de septiembre la martir rumana Veronica Antal. Lo recordó el Papa saludando a los fieles al finalizar la catequesis y remarcando el coraje del testimonio de la mujer, asesinada en 1958 «in odium fidei».

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española venidos de España y Latinoamérica; en particular saludo a los participantes en el curso de rectores de Seminarios Mayores diocesanos, al grupo de la Pastoral de la Carretera de la Conferencia episcopal española, y a los catequistas de la Diócesis de Nogales, en México. Los animo a reavivar en ustedes la gracia del bautismo que nos hace renacer de lo alto y ser hijos de Dios. Con esta consciencia, los invito a mostrar su cariño a sus padres, a través de signos concretos de ternura y afecto, y también con la oración. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

